

tura se halla nuestra especie, habría que indicarle las cinco ó seis grandes ideas que tenemos sobre el espíritu y el mundo. Sólo eso le daría la medida de nuestra inteligencia. Expóngame V. su teoría; saldré de ella más enterado que después de haber visto los montones de ladrillo que llaman Vds. Londres y Manchester.

§ 1.—LA EXPERIENCIA.

I

—Pues entonces tomemos las cosas como lógicas, por el principio. Stuart Mill ha escrito una lógica. ¿Qué es la lógica? Es una ciencia. ¿Cuál es su objeto? Son las ciencias; porque supóngase V. que ha recorrido el universo y que le conoce totalmente: que conoce los astros, la tierra, el sol, el calor, la gravedad, las afinidades, las especies minerales, las revoluciones geológicas, las plantas, los animales, los acontecimientos humanos, y todo lo que explican ó abrazan las clasificaciones y las teorías; aún le quedarán á V. por conocer esas clasificaciones y esas teorías. No sólo existe el orden de los seres, sino el orden de los pensamientos que los representan; no sólo hay plantas y animales, sino una botánica y una zoología; no sólo hay líneas, superficies, volúmenes y números, sino una geometría y una aritmética. Las ciencias, pues, son cosas reales, como los hechos mismos: pueden ser, pues, como los hechos, una mate-

ría de estudio. Se las puede analizar, como se analizan los hechos; se pueden investigar sus elementos, su composición, su orden, sus relaciones y su fin. Hay, pues, una ciencia de las ciencias: esa ciencia es la que se llama lógica, y constituye el objeto del libro de Stuart Mill. Aquí no se descomponen las operaciones del espíritu en sí mismas, la memoria, la asociación de las ideas, la percepción exterior; eso es asunto de la psicología. Aquí no se discute el valor de esas operaciones, la veracidad de nuestra inteligencia, la certidumbre absoluta de nuestros conocimientos elementales; eso es asunto de la metafísica. Aquí se suponen en ejercicio nuestras facultades, y se admiten sus descubrimientos originales. Se toma el instrumento tal y como la naturaleza nos le suministra, y se confía en su exactitud. Se deja á otros la tarea de demostrar su mecanismo y la curiosidad de contrapesar sus resultados. Se parte de sus operaciones primitivas; se indaga cómo se agregan las unas á las otras; cómo se combinan las unas con las otras; cómo se transforman las unas en las otras; cómo, á fuerza de adiciones, de combinaciones y de transformaciones, acaban por componer un sistema de verdades enlazadas y crecientes. Se hace la teoría de la ciencia, como otros hacen la teoría de la vegetación, del espíritu, de los números. He ahí la idea de la lógica, y es claro que, con el mismo título que las otras ciencias, tiene su materia real, su dominio distinto, su importancia visible y su porvenir seguro.

II

Sentado esto, note V. que todas esas ciencias, objeto de la lógica, no son más que cúmulos de *proposiciones*, y que toda proposición no hace más que unir ó separar un sujeto y un atributo, es decir, un nombre y otro nombre; una cualidad y una sustancia, es decir, una cosa y otra cosa. Veamos, pues, lo que entendemos por una cosa, lo que designamos por un nombre; en otros términos: lo que conocemos en los objetos, lo que unimos y separamos, lo que es materia de todas nuestras proposiciones y de todas nuestras ciencias. Hay un punto en que todos nuestros conocimientos se asemejan. Hay un elemento común que, perpetuamente repetido, compone todas nuestras ideas. Hay un cristalito primitivo que, indefinida y diversamente agregado á sí propio, engendra la masa total, y que, una vez conocido, nos enseña de antemano las leyes y la composición de los cuerpos que forma.

Ahora bien: cuando miramos atentamente la idea que nos formamos de una cosa, ¿qué vemos en ella? Tomad desdo luego las sustancias, es decir, los cuerpos y los espíritus. Esta mesa es oscura, larga, ancha y de tres pies de altura para nuestros ojos: eso significa que forma una manchita en el campo de la visión, ó, de otra suerte, que produce cierta sensación en el nervio óptico. La mesa pesa diez libras: eso quiere

decir que, para levantarla, se necesitará un esfuerzo menor que para levantar un peso de once libras, y mayor que para levantar un peso de nueve libras, ó, en otros términos, que produce cierta sensación muscular. Es dura y cuadrada: eso significa también que, al empujarla y al recorrerla después con la mano, suscitará dos especies distintas de sensaciones musculares. Y así sucesivamente. Cuando examino atentamente lo que sé acerca de ella, veo que no sé nada más que las impresiones que me produce. Nuestra idea de un cuerpo no comprende otra cosa: no conocemos de él sino las sensaciones que excita en nosotros; le determinamos por la especie, el número y el orden de esas sensaciones; no sabemos nada de su naturaleza íntima ni aún si la tiene; afirmamos simplemente que es la causa desconocida de esas sensaciones. Cuando decimos que, en ausencia de nuestras sensaciones, él persiste, queremos decir simplemente que, si durante aquel tiempo nos hubiésemos hallado á su alcance, hubiésemos tenido las sensaciones que no hemos tenido. No le definimos nunca más que por nuestras impresiones presentes ó pasadas, futuras ó posibles, simples ó complejas. Esto es tan cierto que filósofos como Berkeley han sostenido con visos de razón que la materia es un ser imaginario, y que todo el universo sensible se reduce á un orden de sensaciones. Por lo menos, tal es para nuestro conocimiento, y los juicios que componen nuestras ciencias no recaen más que sobre las impresiones mediante las cuales se manifiesta á nosotros.

Lo mismo acontece con el espíritu. Podemos admitir que hay en nosotros un alma, un yo, un sujeto ó «recipiente» de las sensaciones y de nuestras otras maneras de ser, distinto de esas sensaciones y de esas

otras maneras de ser; pero de él no sabemos nada. «Todo lo que percibimos en nosotros mismos (dice Mill) es cierta trama de estados interiores, una serie de impresiones, sensaciones, pensamientos, emociones y voliciones.» No tenemos más idea del espíritu que de la materia; no podemos decir acerca de él nada más que acerca de la materia. Así, pues, las sustancias, sean las que quieran, cuerpos ó espíritus, en nosotros ó fuera de nosotros, nunca son para nosotros sino tejidos más ó menos complicados, más ó menos regulares, cuyos hilos están formados por nuestras impresiones ó maneras de ser.

Y esto es mucho más visible aún en los atributos que en las sustancias. Cuando digo que la nieve es blanca, quiero decir que, cuando la nieve está delante de mi vista, experimento la sensación de blancura. Cuando digo que el fuego es caliente, quiero decir que, cuando mi cuerpo está al alcance de él, experimento la sensación de calor. «Cuando decimos que un espíritu es devoto ó supersticioso, meditabundo ó alegre, queremos decir que las ideas, los sentimientos, las voliciones que designan esas palabras se reproducen frecuentemente en la serie de sus maneras de ser.» Cuando decimos que los cuerpos son pesados, divisibles, móviles, queremos decir simplemente que, abandonados á sí mismos, caerán; que, cortados, se separarán; que, empujados, se pondrán en movimiento; es decir: que, en tal ó cual circunstancia, producirán tal ó cual sensación sobre nuestros músculos ó sobre nuestra vista. Un atributo designa siempre una de nuestras maneras de ser ó una serie de nuestras maneras de ser. En vano las disfrazamos agrupándolas, ocultándolas bajo expresiones abstractas, dividiéndolas, transformándolas de tal suerte que á

menudo nos cuesta trabajo reconocerlas: siempre que miremos al fondo de nuestras expresiones y de nuestras ideas, allí las encontraremos, y no encontraremos otra cosa. «Descomponed (dice Mill) una proposición abstracta, por ejemplo: una persona generosa es digna de honor.—La palabra *generosa* designa ciertos estados habituales de espíritu y ciertas particularidades habituales de conducta, es decir: maneras de ser interiores y hechos exteriores sensibles. La palabra *honor* expresa un sentimiento de aprobación y de admiración seguido á veces de los actos exteriores correspondientes. La palabra *digna* indica que nosotros aprobamos la acción de honrar. Todas esas cosas son fenómenos ó estados de espíritu, seguidos ó acompañados de hechos sensibles.» De modo que, á cualquier parte que nos volvamos, siempre permanecemos en el mismo círculo. Sea el objeto un atributo ó una sustancia, sea complejo ó abstracto, compuesto ó simple, su constitución para nosotros es la misma: no ponemos allí más que nuestras maneras de ser. Nuestro espíritu es en la naturaleza lo que un termómetro en una caldera: definimos las propiedades de la naturaleza por las impresiones de nuestro espíritu, como designamos los estados de la caldera por las variaciones del termómetro. No conocemos del uno y de la otra más que estados y cambios; no componemos el uno y la otra más que con datos aislados y transitorios: una cosa no es para nosotros más que un montón de fenómenos. Tales son los únicos elementos de nuestra ciencia. Por consiguiente, todo el trabajo de nuestra ciencia consistirá en agregar unos hechos á otros ó enlazar unos hechos con otros.

III

Esa breve frase es el compendio de todo el sistema: explica todas las teorías de Mill. Desde ese punto de vista lo ha definido todo, y á ese punto de vista responden sus innovaciones. En todas las formas y en todos los grados del conocimiento no descubre más que el conocimiento de los hechos y de sus relaciones.

Ahora bien: sabido es que la lógica tiene dos piedras angulares: la teoría de la *definición* y la teoría de la *demonstración*. A partir de Aristóteles, los lógicos se han pasado el tiempo en pulirlas. Nadie se atrevía á tocar á ellas más que respetuosamente. Eran santas. A lo sumo, algún que otro innovador se atrevía á volverlas con tiento para colocarlas á mejor luz. Mill las talla, las corta, las invierte y las reemplaza á las dos, de la misma manera y con el mismo esfuerzo.

IV

Ya sé que hoy se hace burla de los que razonan sobre la definición; pero de quien habría que burlarse sería de los burlones. No hay teoría más fecunda en

consecuencias universales y capitales; es la raíz por donde todo el árbol de la ciencia humana vegeta y se sostiene. Porque definir las cosas es señalar su naturaleza. Traer una idea nueva de la definición es traer una idea nueva de la naturaleza de las cosas: es decir lo que son los seres, de qué se componen, á qué elementos se reducen. He ahí el mérito de estas especulaciones tan secas: el filósofo parece alinear fórmulas; la verdad es que encierra en ellas el universo.

Tomad, dicen los lógicos, un animal, una planta, un sentimiento, una figura de geometría, un objeto ó un grupo de objetos cualesquiera. El objeto tiene sin duda sus propiedades; pero tiene su esencia también. Se manifiesta al exterior en una multitud indefinida de efectos y de cualidades; pero todas esas maneras de ser son consecuencias ó productos de su naturaleza íntima. Hay en él cierto fondo oculto, lo único primitivo é importante, aquello sin lo cual no puede existir ni concebirse, y que constituye su ser y su noción (1). Lllaman definiciones las proposiciones que la designan, y afirman que lo mejor de nuestra ciencia consiste en esa clase de proposiciones.

Al contrario, dice Mill, esas proposiciones no enseñan nada; indican el sentido de una palabra, y son puramente verbales. ¿Qué aprendo yo cuando me dicen que el hombre es un animal racional, ó que el triángulo es un espacio comprendido entre tres líneas? La primera parte de la frase expresa en una voz lo

(1) Según los lógicos idealistas, se discierne ese ser consultando esa noción, y la noción descompuesta pone la esencia al desnudo. Según los lógicos clasificadores, se alcanza ese ser alojando el objeto en su grupo, y se define esa noción nombrando el género inmediato y la diferencia característica. Unos y otros coinciden en creer que podemos penetrar en la esencia.

que la segunda expresa en una locución desarrollada. Me dicen dos veces la misma cosa; me presentan el mismo hecho en términos diferentes; no añaden un hecho á otro. Tal proposición no es instructiva. Así se acumulase un millón de ellas, mi espíritu quedaría tan vacío como antes; así hubiera yo leído un diccionario, no habría adquirido un conocimiento. En vez de decir que son importantes las proposiciones relativas á la esencia, y que las referentes á las cualidades son accesorias, hay que decir que son accesorias las relativas á la esencia, é importantes las referentes á las cualidades. Yo no aprendo nada cuando me dicen que un círculo es la figura formada por la revolución de una recta alrededor de uno de sus puntos tomado como centro; aprendo algo cuando me dicen que, en un círculo, las cuerdas que subtienden arcos iguales son iguales, ó que bastan tres puntos para determinar la circunferencia. Lo que se llama la naturaleza de un ser es la red de los hechos que constituyen ese ser. La naturaleza de un mamífero carnívoros consiste en que la propiedad de amamantar, con todas las particularidades de estructura que la producen, va unida á la posesión de dientes cortantes al par que á los instintos cazadores y á las facultades correspondientes. He ahí los elementos que componen su naturaleza. Son hechos enlazados unos con otros como una malla con otra. Nosotros percibimos algunas, y sabemos que más allá de nuestra ciencia presente y de nuestra futura experiencia la red extiende hasta el infinito sus hilos entrecruzados y múltiples. La esencia ó naturaleza de un ser es la suma indefinida de sus propiedades. «Ninguna definición (dice Mill) expresa íntegramente esa naturaleza, y toda proposición expresa alguna parte de esa naturaleza.» Renúnciese, pues, á

la vana esperanza de discernir al través de las propiedades algún ser primitivo y misterioso, fuente y compendio de todo lo restante; déjense las entidades á Duns Scott; no se crea que, sondeando las ideas como los alemanes, clasificando los objetos según el género y la especie como los escolásticos, renovando la ciencia nominal de la Edad Media ó los artificios de la metafísica hegeliana, puede suplirse la experiencia. No hay definiciones de cosas; si hay definiciones, no son más que definiciones de nombres. Ninguna frase me dirá lo que es un caballo; pero hay frases que me dirán lo que se entiende por esas seis letras. Ninguna frase agotará la totalidad inagotable de las cualidades que constituyen un ser; pero varias frases podrán designar los hechos que corresponden á una palabra. En este caso, puede hacerse la definición, porque siempre puede hacerse un análisis. El análisis nos permite remontarnos del término abstracto y sumario á los atributos que representa, y de esos atributos á las experiencias interiores ó sensibles que les sirven de base. Del término perro nos permite remontarnos á los atributos mamífero, carnívoros y otros que representa, y de esos atributos á las experiencias de vista, de tacto, de escarpelo, que les sirven de base. Reduce lo compuesto á lo simple, lo derivado á lo primitivo. Retrae nuestro conocimiento á sus orígenes. Transforma las palabras en hechos. Si hay definiciones, como las de la geometría, que parecen capaces de engendrar largas series de verdades nuevas, es porque, además de la explicación de una palabra, contienen la afirmación de una cosa. En la definición del triángulo hay dos proposiciones distintas, una de las cuales dice que puede haber una figura terminada por tres líneas rectas, y otra que tal

figura se llama triángulo. La primera es un postulado; la segunda una definición. La primera está oculta; la segunda es visible. La primera es susceptible de verdad ó de error; la segunda no es susceptible de la una ni del otro. La primera es la fuente de todos los teoremas que cabe enunciar sobre los triángulos; la segunda no hace más que resumir en una expresión los hechos contenidos en la otra. La primera es una verdad; la segunda es un recurso cómodo. La primera es una parte de la ciencia; la segunda un expediente del lenguaje. La primera expresa una relación posible entre tres líneas rectas; la segunda da el nombre de esa relación. Sólo la primera es fructuosa, porque es la única que, en consonancia con el oficio de toda proposición fructuosa, enlaza dos hechos.

Entendamos, pues, exactamente la naturaleza de nuestro conocimiento: el conocimiento se aplica, bien á las palabras, bien á los seres, ó á las dos cosas á la vez. Si se trata de palabras, como en las definiciones de nombres, toda su obra consiste en referir las palabras á las experiencias primitivas, es decir, á los hechos que le sirven de elementos. Si se trata de seres, como en las proposiciones de cosas, toda su obra consiste en unir un hecho á otro hecho, para aproximar la suma limitada de las propiedades conocidas á la suma infinita de las propiedades por conocer. Si se trata de lo uno y de lo otro, como en las definiciones de nombre que ocultan una proposición de cosa, toda su obra consiste en hacer lo uno y lo otro. La operación es siempre la misma. Nunca se trata más que de entenderse, es decir, de volver á los hechos, ó de aprender, es decir, de juntar hechos.

V

He ahí destruido un primer baluarte; los adversarios se refugian detrás del segundo: la teoría de la *demonstración*. En efecto: esta última pasa, desde hace dos mil años, por una verdad corriente, definitiva, inatacable. Varios la han juzgado inútil; pero nadie se ha atrevido á calificarla de falsa. Todos la han considerado como un teorema firme. Mirémosla de cerca y con todo detenimiento.—¿Qué es una demostración? Según los lógicos, es un silogismo. Y ¿qué es un silogismo? Es un grupo de tres proposiciones como éste: «Todos los hombres son mortales; el príncipe Alberto es hombre; luego el príncipe Alberto es mortal.» He ahí el modelo de la demostración, y toda demostración completa se reduce á esa. Ahora bien: ¿qué hay en esa demostración, según los lógicos? Una proposición general, concerniente á todos los hombres, que conduce á una proposición particular, concerniente á cierto hombre. De la primera se pasa á la segunda, porque la segunda está contenida en la primera. De lo general se pasa á lo particular, porque lo particular está contenido en lo general. La segunda no es más que un caso de la primera; su verdad está encerrada de antemano en la de la primera, y por eso es una verdad. En efecto: en cuanto la conclusión no está contenida en las premisas, el razonamiento es falso, y Port Royal ha reducido todas las complicadas reglas de la Edad Media á esta sola regla: que la conclusión